venido á descifrarse cumplidamente con el tiempo, y reconocido por los mismos protestantes lo baladí de sus sistemas y doctrinas, han venido á arrojarse al estremo del ateismo ó materialismo, negando toda mácsima de fé, ó afirmando que toda cosa es materia: por esto se adelantan á decir, que no hay Dios, ni alma, ni mas vida para nosotros que la presente, afanándose en sacudir de sí todo remordimiento en la disipacion de una vida derramada. Pero por mas que discurran y forcejeen para arrojar de su conciencia ese remordimiento, imposible les será llevar á cabo su designio. El mas lejano término á que podrán conducir sus deseos será á la duda acerca de la ecsistencia de Dios y de la vida eterna; pero llegar á persuadírselo cumplidamente, es y será siempre imposible para ellos; porque la misma razon natural nos dicta que hay un Dios criador de todas las cosas, y justo remunerador, y que nuestras almas son eternas é inmortales. Alucinados estos infelices con la esperanza de hallar paz en sus dudas sobre la ecsistencia de Dios, por desembarazarse de un censor que pueda castigar sus iniquidades, en vano buscarán entre el afan de dudar esa paz, porque jamas llegarán á fortalecerse en la seguridad de que Dios no es: y una sola duda que abriguen será su continuo torcedor, que les llevará agitados con el aguijon de la divina venganza.

Pero retrocedamos á nuestro propósito: al decir de los mismos novadores pónense en duda tambien entre ellos los principales artículos de fé. Y en efecto, conforme refiere el cardenal Gotti en su erudita obra: *La verdadera Iglesia, cap.* 8, §. 1, *núm.* 9, los luteranos reconocen una persona en Cristo; Calvino y Beza ponen dos, conformándose en este punto con Nestorio. Lutero y otros discípulos afirman que Cristo sufrió pasion y muerte en la propia naturaleza divina; Beza reprueba (y con justicia) tan ecsecrable blasfemia: Calvino pone á Dios por autor del pecado; los luteranos á su vez condenan esa blasfemia: Lutero afirma que Cristo aun en cuanto hombre está en todas partes; Zuinglio y Calvino lo niegan. Dice Lutero que los párvulos, aunque mueran sin bautismo, se salvan; disiente de esta opinion Calvino. No admite Lutero mas que tres sacramentos, Bautismo, Eucaristía y Penitencia: Calvino abraza el Bautismo y la Eucaristía y desecha la Penitencia; á poco admite el Orden sacerdotal, que rechaza Lutero. Zuinglo á su vez niega la Penitencia y el Orden sagrado, y admite únicamente el Bautismo y la Penitencia (1). Lutero confiesa tambien que en el sacramento de la Eucaristía debe adorarse la presencia real de Jesucristo; Calvino llama á esta adoracion idolatría. Melanchton

(1) Entenderá decir tal vez la *Eucaristía*. N. del T.

(con quien vino á confrontar el mismo Lutero) reconoce la necesidad de las buenas obras para alcanzar la eterna salvacion; los calvinistas contradicen redondamente su eficacia. Y pregunto yo ahora: ¿será posible dejen de ser fundamentales estos artículos, cuando, de creerlos ó negarlos, depende, al decir de los mismos reformadores, el que seamos nosotros salvos ó reprobados, fieles ó idólatras? Fuerza es, pues, decir, que esas Iglesias evangélicas, cayendo en contradiccion respecto de semejantes artículos, yerran en los fundamentos, yerran en los medios necesarios para alcanzar la salvacion, y yerran en los puntos principales de la fé. Y efectivamente, segun llevamos dicho, Calvino acusa á los luteranos de falsarios, de impíos, de calumniadores y aun de idólatras por adorar á Jesucristo en la Eucaristía; por la misma razon Zuinglio (conforme refiere el cardenal Gotti en el lugar citado) tacha á Lutero de seductor y renegado. De otra parte Lutero nota á los zuinglianos y á los demas sacramentarios de sectas condenadas, de blasfemos y todavía de hereges, diciendo: *Hæreticos cenumus semnes sacramentarios, qui negant corpus Christo ore carnali sumi in Eucharistia. Apud Ospin. part.* 2, *hist. sacr. pag.* 326.

CAPÍTULO V.

CUARTO CARACTER.

Testimonios de las profecías.

El cuarto indicio de credibilidad de nuestra fé consiste en las profecías consignadas en las Escrituras sagradas, y confirmadas en el decurso del tiempo con todas sus circunstancias. Decia Isaías: *Annuntiate quæ ventura sunt, in futurum, et scietis quia dii estis vos. Is.* 41, 23. Y por boca del mismo profeta dice en otra parte el Señor: *Quis similis mei.... quæ futura sunt annuntiet eis. Is.* 44, 7. El que sea semejante á mí, dice Dios, prediga, si sabe, las cosas que han de acontecer. El entendimiento humano alcanza á prever, ó digamos mejor, á conjeturar, los efectos futuros que proceden determinadamente de una causa natural, como, por ejemplo, los frutos que vendrán á nacer de cierto árbol; la tormenta que va á romper al ímpetu del vendabal que suele escitarla. Pero conocer de antemano efectos absolutamente contingentes, es atributo esclusivo de Dios, en cuya voluntad reside la causa única de semejantes efectos. Refieren las historias varios oráculos que de sus ídolos recibieron los gentiles; mas esas respuestas debemos

considerarlas, ó como embustes inventados por los sacerdotes idólatras, ó como acertijos, ó como secretos no ignorados del demonio en aquella sazon. Por lo contrario, las profecías divinas precedieron á los sucesos con muchos siglos de anticipacion, y consumaron su cumplimiento con tan minuciosa esactitud, que mal pudiera anunciar tales acontecimientos quien no los hubiese previsto con perfecta claridad.

Consignadas se hallan todas esas profecías en las sagradas páginas del antiguo y del nuevo Testamento. No faltó entre los mahometanos quien supusiera que esas profecías fueron inventadas ó falseadas por los cristianos. Pero primeramente incumbiérale á este probar la supuesta falsedad de esas profecías, desde que fueron reconocidas universalmente y por una dilatada série de años como verdaderas y antes que Mahoma apareciera en el mundo. A mas de que las sagradas Escrituras están fuera del alcance de toda adulteracion: y si concediésemos haber llegado á ser adulteradas en cualquier sazon, entonces dejarian entrambas partes de ellas de corresponderse entre sí, del modo que observamos se corresponden en la actualidad; porque si bien varios fueron los escritores de la Biblia, su autor, sin embargo, es uno solo, á saber, Dios; quedando por consiguiente bajo la necesidad de falsearlas todas, esto es, las del antiguo y del nuevo Testamento. Y subia de punto la imposibilidad de corromperlas al considerar, que esparcidos por todo el mundo los ejemplares de la Biblia, en los primeros siglos de la Iglesia, fué vertida en muchos y diversos idiomas, griego, latin, caldeo, siriaco, arábigo, armenio, etiope y esclavon, y leida continuamente en público en las congregaciones de cristianos reunidos para orar. ¿Qué imposibilidad, pues, no ofrecia el adulterar tan crecido número de copias como andaban por las manos de todo el mundo? Fuera de que, mengua fuera suponer que Dios permitiera quedase ofendida la verdad de unos libros por los cuales Dios nos muestra la manera de honrar á él, y la senda para alcanzar nuestro postrer fin.

Y para contraerme á hablar del antiguo Testamento, pregunto: ¿á qué secta religiosa haremos pertenecer tales falsificadores? No á los gentiles por cierto, gente totalmente agena de semejante empeño; ni tampoco á los hebreos, puesto que vienen comprendidas en aquellos libros mil cosas que escitan su vituperio, y rebosan en profecías (de que luego trataremos) que prueban á todas luces la venida del Mesías, objeto de sus porfiadas negativas; desacertado fuera por consiguiente suponer á los hebreos autores de las cosas mismas que ellos altamente reprueban. Y á este propósito

escribia San Agustin: *Si quando aliquis paganus dubitaverit cum ei dixerimus prophetias de Christo, quas putaverit á nobis esse conscriptas, de codicibus Judæorum probamus, quia totum ante prædictum est. Videte quemadmodum de inimicis nostris confundimus inimicus. In ps.* 58. Penetrado San Justino del irrevocable testimonio de las profecías que ostentan los libros de los hebreos, convirtióse al cristianismo, de filósofo gentil que era, segun él mismo asegura en su diálogo con Trifon. Dispersada ademas la tribu de los hebreos por las diversas regiones del Asia, y vertidas las sagradas Escrituras en varios idiomas, fueron conservadas en tantos archivos cuantas eran las sinagogas ecsistentes: de ahí procede que los mismos hebreos tropezaran con la imposibilidad de adulterarlas, aun cuando quisiéramos suponerles voluntad de practicarlo. Ni tampoco puede tacharse á los cristianos de corruptores de la santa Escritura, por la razon sencilla de que, muy obvio hubiera sido á los hebreos, de quienes hemos recibido el sagrado testo, echar de ver y denunciar al mundo las adiciones y mutaciones que de mano de los cristianos hubiesen recibido las páginas sagradas; y de la propia suerte respondieran á los argumentos que contra ellos mismos y para probar la venida del Mesías, sacamos de sus propios libros. Lejos de negar los hebreos la verdad de esas Escrituras, se esfuerzan en defender con todo ahinco su completa legitimidad: y por esto Dios, como muy oportunamente dice el P. Señeri, no permitió quedase completamente estinguida la raza de los judíos, sino que dispuso la conservacion de algunos restos competentes, para confirmar por su parte la verdad de las sagradas páginas, que demuestran y condenan al propio tiempo su obstinada porfía en negar al Mesías, cuya venida queda por las mismas páginas confirmada. Los modernos hebreos no se levantan contra la verdad de la Escritura, danle sí una interpretacion acomodada á su capricho, respecto á la venida, no del Mesías, sino de otras personas: y andan en este punto contrapuestos con los rabinos, que vivieron antes de Jesucristo, los cuales aceptaron la genuina inteligencia de cuantas profecías anunciaban al Mesías en el antiguo Testamento, y se conformaron de todo punto con la que les prestamos los cristianos, como lo demuestra Calmet en su disertacion del Mesías, y Uecio en el libro, *Demonstr. evang.*

Partiendo, pues, del principio de que no cabe tachar de falsedad á la Escritura sagrada sin caer en una calumnia manifiesta, pasemos á ecsaminar las profecías que, con relacion á Jesucristo y á la Iglesia, fueron vaticinadas en el antiguo Testamento; ellas res-

plandecen con tal golpe de claridad, que, refiere San Agustin *Serm. 67 de divin.*, al llegarse los gentiles á leerlas, no podian dejar de reputarlas invenciones de los cristianos tras la consumacion de los hechos; y decian á este propósito, que lejos de haber sido profecías anunciadas de antemano, los cristianos las habian escrito suponiéndolas tales despues que los hechos habian sido cumplidos: *Vidistis ita fieri et, tamquam prædicta sint, conscripsistis. Loc. cit.* Ya quedó demostrada mas arriba la verdad y antiguedad de la sagrada Escritura, en la cual se anunció anticipadamente la época de la futura venida del Mesías, conviene á saber, despues que la tribu de Judá hubiese dejado caer el cetro de sus manos, con aquellas palabras: *Non auferetur sceptrum de Juda et dux de fœmore ejus donec veniat qui mittendus est; et ipse erit expectatio gentium. Gen.* 49, 10. Ocurrió la venida del Mesías precisamente al quedar estinguido el reino de Judá, puesto que, hechos tributarios los judíos por Pompeyo, el senado romano nombró por rey de ellos á Herodes, y entonces se cumplió la venida de Jesucristo. Herodes era estrangero, como á idumeo de nacion, segun atestiguan el hebreo Josefo *lib.* 14, *cap.* 27, y fallecido que hubieron Herodes y su hijo Arquelao, César redujo la Judea á provincia del imperio romano: y si bien es cierto que los hebreos conservaron por algun tiempo cierta sombra de poder, sin embargo, consumada la muerte de Jesus, Tito y Vespasiano destruyeron completamente la ciudad de Jerusalen, y todo el reino de los judíos. Muy cabalmente fué anunciada esta época de la venida de nuestro Redentor por el profeta Daniel, añadiendo circunstancias tan especiales, cuales se leen en Daniel, 9, 24, en cuyo pasage habló de esa venida el profeta con tal evidencia, que Porfirio osó negar la ecsistencia de semejante profecía escrita por Daniel, como esplica San Gerónimo hablando de Porfirio: *Cujus impugnatio testimonium veritates est: tanta enim dictorum fides fuit ut propheta incredulis hominibus non videatur futura dixisse, sed narrasse præterita. Præm. in Daniel.*

Predíjose tambien que el Mesías naceria de una vírgen: *Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomem ejus Emmanuel. Isa.* 7, 14. Anunciósе asimismo el lugar de su nacimiento: *Et tu Bethlehem Ephrata, parvulus es in millibus Juda, ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel; et egressus ejus ab initio et á diebus æternitatis. Micheæ* 5, 2. Y nótese en estas palabras al Mesías profetizado como Dios, cuando se dice que ecsistió desde la eternidad. Vaticinóse la adoracion de los magos: *Reges Arabum et Saba dona adducent, et adorabunt eum omnes*

reges. Ps. 71. 10. *et* 11. El precursor: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini. Isa.* 40, 3. La atroz pasion de Jesucristo con todas sus circunstancias: que seria entregado por uno de sus discípulos y amigos, *ps.* 54, 14: vendido por treinta dineros: *Et appenderunt mercedem meam, triginta argenteos. Zachar.* 11, 11: azotado cruelmente hasta dejarlo semejante á un leproso con las carnes laceradas: *Et nos putavimus eum quasi leprosum.... Ipse autem vulneratus est propter iniquitatis nostras; attritus est, propter scelera nostra. Isa.* 53, 4 *et* 5: horadado de piés y manos por los clavos; y de tal suerte pendiente de la cruz, que podrian contarse todos sus huesos: *Foderunt manus meas; dinumeraverunt omnia ossa mea: Ps.* 21, 18: contado entre malhechores: *Et eum sceleratis reputatus est. Isa.* 53, 12: humedecidos sus labios con hiel y vinagre: *Et dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto. Ps.* 68, 22: que sus vestidos serian repartidos entre los verdugos: *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem. Ps.* 21, 19: que seria finalmente sacrificado como una víctima ofrecida por nuestros pecados: *Verē langores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.... Et posuit Dominus in eo iniquitates omnium nostrum. Isa.* 53, 4. *et* 6: profetizóse, en fin, que despues de la muerte de Jesus, el pueblo hebreo vendria á quedar sin rey, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdores y sin profetas: *Sedebunt filii Israel sine rege.... et sine sacrificio, et sine altari, et sine ephod, et sine teraphim. Oseæ.* 3, 5.

Debe llamar aquí muy particularmente nuestra atencion la ceguedad de los hebreos, que observan cumplidas minuciosamente las profecías de sus Escrituras relativas á la venida del Mesías, y obstinados en su pertinacia rehusan creer en ella. Allá en su tiempo predijo el profeta Ageo, que la gloria del segundo templo prevaleceria á la del primero, porque el segundo quedaria honrado con la presencia del deseado de las naciones, esto es, de nuestro Salvador: *Veniet desideratus cunctis gentibus, et implebo domum istam gloria dicit Dominus exercituum, magna erit gloria domus istius novissimæ plusquam primæ.... et in loco isto dabo pacem. Agg.* 2, 8 *et* 10. Ahora bien, si el segundo templo debia ser el último y mas glorioso que el primero, como que llegaria á ser honrado con la presencia del Mesías deseado; destruido ya este mismo templo despues de la muerte de Jesus, es claro á todas luces que ese Mesías cumplió ya su venida. Que el templo y con él la ciudad de Jerusalen serian destruidos por los romanos, conducidos por su general Vespasiano; que de allí comenzaria el estado de desolacion de todo el pueblo hebreo, conforme hoy lo observamos, fueron

anuncios notoriamente vaticinados por Daniel: *Et civitatem et sanctuarium discipabit populus cum duce venturus; et finis ejus vastitas, et post finem belli, statuta desolatio. Dan.* 9. 26. El mismo suceso fué profetizado por Isaías: *Posuisti civitatem in tumulum, urbem fortem in ruinam domum alienorum; ut non sit civitas, et in sempiternum non ædificetur. Isa.* 25, 1. Con cuyas predicciones muy conforme anduvo la que hizo Jesucristo, cuando al divisar desde lejos la ciudad de Jerusalen lloró por ella: *Vides civitatem flevit super illam, dicens.... quia veniet dies in te, et circumdabunt te inimici tui vallo, et ad terram prosternet te et filios tuos, et non relinquent in te lapidem super lapidem. Luc.* 19, 41 *et seqq.* Y hoy mismo lo contemplamos así: carecen los infelices hebreos de templo, de patria, y esparcidos por todos los ángulos de la tierra, son objeto de ojeriza y del vilipendio de todas las naciones. Mas á despecho de todo, muéstranse pertinaces en negar su asenso á la venida del Mesías, que se cumplió ya; y sin hacer cuenta de las dos venidas de Cristo al mundo, una como á Redentor sujeto á los padecimientos y á la muerte; venida que recibió su cumplimiento, conforme habia sido anunciada: otra como juez, gloriosa y que debe recibir todavía su cumplimiento: afánanse los hebreos en confundir en una ambas venidas, y rehusando asentir á lo que se escribió de Cristo pobre, humillado y perseguido como á Redentor, únicamente se atienen á lo que se predijo del mismo como á glorioso juez.

Numerosas son las predicciones tocantes á la nueva Iglesia, á la reprobacion de los judíos y á la eleccion de los gentiles: *Vos non populus meus, et ego non ero vester. Oseæ* 1, 9. *Populus quem non cognovi servicit mihi. Ps.* 17, 45. *Convertentur ad Dominum universi finis terræ, et adorabunt in conspectu ejus universæ familia gentium. Ps.* 21, 28. *Adorabunt eum omnes reges terræ, omnes gentes servient ei. Ps.* 71, 11. *Ecce dedit te in lucem gentum, ut sis salus mea usque ad extremum terræ. Isa.* 49, 6. Omito de propósito traer aquí los oráculos que, sobre la venida del Mesías y el reino de Cristo, pronunciaron las sibilas, porque algunas gentes no les prestan crédito; no los negaron, sin embargo, S. Agustin, *lib.* 8, *de civ. cap.* 23, Clemente alejandrino, S. Justino, Lactancio, Arnobio, y antes de ellos S. Clemente romano, *lib.* 5. *constit. apost. cap.* 8. Y S. Justino llega á decir, *Orat. ad Anton. Pium, apud Salmeron. tract.* 19, que recelosos los demonios de que por medio de esos oráculos no alcanzasen los gentiles el conocimiento del verdadero Dios y de Jesus Redentor, anduvieron solícitos porque se entregasen á las llamas los libros que tales oráculos contenian, ó

que fuese vedada por los magistrados bajo pena de muerte su lectura y retencion á cuantos tales escritos poseyeran.

Cumplido efecto tuvieron asimismo las profecías vaticinadas en el nuevo Testamento por Jesucristo respecto á su resurreccion, á la conversion de los gentiles y al martirio de los Apóstoles. No cabe abrigar sospecha alguna de que la esposicion de tales predicciones fuera posterior á los hechos, puesto que escritos los Evangelios desde el principio de la Iglesia en diversos idiomas y derramados por todo el mundo, los sucesos acontecieron largos años despues. Rayaba por consiguiente en lo imposible (como apuntamos antes al tratar de las Escrituras de la ley antigua) falsear tanta copia de ejemplares diseminados por toda la tierra. De todo lo cual se viene á concluir, que consideradas las profecías del antiguo y del nuevo Testamento, requiérese mayor violencia para refutar la credibilidad de nuestra religion, que no para admitirla.

Semejante espíritu de profecía ha continuado en los hijos de la Iglesia de Jesucristo, como ya predijo Joel: *Et erit in novissimis diebus, dicit Dominus, effundam de Spiritu meo super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri et filiæ vestræ. Joel* 2, 28. Confirmóse tambien este anuncio, segun testifican hombres prudentes y piadosos y aun santos canonizados por la Iglesia. S. Atanasio afirma las predicciones de S. Antonio Abad, S. Basilio las de S. Gregorio Taumaturgo, S. Gregorio el Grande las de S. Benito, S. Bernardo las de S. Malaquías, S. Buenaventura las de S. Francisco, S. Raimundo las de Santa Catalina de Sena. Santa Brígida predijo entre otras cosas, por los años de 1350, la sujecion de los griegos á sus enemigos, y un siglo despues tuvo perfecto cumplimiento este vaticinio al caer la ciudad de Constantinopla en poder de Mahometo II. S. Idelgardo (testigo Taulero) profetizó en el siglo XII la ruina de la Germania, verificada en el XVI por obra del impío Lutero. Omito hablar de otras mil predicciones, que, conforme leemos en las vidas de los santos, recibieron cumplido efecto, y se hallan robustecidas por el testimonio de piadosos escritores, que tomaron de ellas acta en el tiempo mismo en que vivian todavía las personas en ellas nombradas. Y si álguien anduviere rehacio en prestar asenso al cumplido efecto de tales sucesos, amplia licencia pudiera tomarse para negar del propio modo la destruccion de Cartago por Escipion, la ecsistencia de la república romana, y cerrarse por fin á rehusar el crédito á los públicos anales; y si adolece de temeridad negar hechos semejantes escritos por autores gentiles, todavía encarece mas la temeridad negar los sucesos consignados en los escritos de los santos, como S. Atanasio, S.

Basilio, S. Agustin, S. Bernardo, á quienes los novadores mismos acatan por testigos adornados de toda veracidad. Sobrada dificultad presenta mantener engañados por largo espacio de tiempo á todos los pueblos. Afanáronse los discípulos de Apolonio en encumbrar la fama de sus fingidos oráculos; mas el pueblo no quiso ver en Apolonio sino un mago y un profeta falso. Tambien Mahoma y Lutero se gloriaban de poseer el don de profecía; pero sus vaticinios fracasaron de golpe. Predijo Mahoma que su cuerpo al punto de fallecido seria trasladado al cielo, y lo que avino fué, que ni por tres dias pudo estar sobre tierra; tan insoportable era el hedor de su corrupcion. Predijo Lutero que su fallecimiento acaeceria en Wittemberg, y murió en Eisles, desdichada patria de ese desdichado monstruo del infierno. Vaticinó el juicio universal para el año de 1583, de suerte que crecido número de secuaces suyos interrumpieron la siembra de aquel año; pero lugar tuvieron de arrepentirse en haber dado crédito á tamaño embuste. En el epitafio que el propio Lutero escribió para su tumba, predijo osadamente lo que sigue: *Petis eram vivus, moriens tua mors ero, papa.* Mas ahora bien debe haber llegado á su noticia en el infierno, en donde se halla sepultado, que tal profecía ni llegó á cumplirse, ni se cumplirá en todos los dias que restan hasta el fin del mundo.

CAPITULO VII.

QUINTO CARACTER.

Testimonio de los milagros.

La quinta señal de verdad de nuestra fé está apoyada en los milagros, que al igual de las profecías, no pueden acontecer sino por virtud divina. Es condicion que caracteriza al verdadero milagro, sobreesceder las fuerzas de la naturaleza; motivo por el cual los milagros verdaderos no pueden proceder sino del autor y dominador de la naturaleza. Colígese de ahí, que una religion, que en confirmacion de su doctrina puede producir el testimonio de los milagros, debe ser precisamente verdadera: pues no cabe en lo posible que Dios aprobara una doctrina falsa por el testimonio de los milagros; como tales milagros superen las fuerzas de la naturaleza angélica ó humana.

No es posible revocar en duda la verdad de los milagros obrados por Jesucristo en público, á la vista de millares de personas, y anotados con todas las circunstancias por los sagrados evangelis-

tas: de suerte que no cabe aducir razon alguna para tacharlos de falsedad y ficcion. Por ejemplo, el milagro que refiere S. Marcos en el cap. 8, de los siete panes y pocos peces, con los cuales sació el Señor una multitud de casi cuatro mil personas; el otro que escribe S. Juan en el cap. 11, de la resurreccion de Lázaro, verificada en presencia de crecido número de judíos, y á los cuatro dias de sepultado: el milagro de las tinieblas que cubrieron toda la tierra, desde la hora de sesta á la hora de nona, en la muerte del Redentor: si esos milagros (por no hablar de los otros escritos por los evangelistas á poco de ser obrados, hubieran sido ó fingidos ó adulterados, ¿inclinaran á los Apóstoles á ir en pos de Jesucristo, abandonando patria, parientes, y todo lo que poseian? ¿Unos supuestos milagros pudieran ser publicados por los Apóstoles, y ser acogidos como verdaderos por tantos pueblos, y por los judíos mismos, testigos oculares de los hechos? ¿No hubieran merecido los Apóstoles ser tratados de convictos impostores? Mas no, que los príncipes mismos de los sacerdotes vienen confesando la veracidad de esos milagros, cuando dicen: *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? Jo.* 11, 47. Los judíos, llevados por el convencimiento de la verdad de los mismos milagros, corrieron á millares á confesar por Dios al hombre ajusticiado en la cruz como reo y seductor: fuera de que, ni los mismos hebreos no convertidos se han movido á negar esta verdad; antes bien han reputado por verdaderos los milagros de Jesucristo. Obsérvese lo que dejó escrito el hebreo Josefo: *Eodem tempore fuit Jesus, vir sapiens, si tamen virum eum fas est dicere; erat enim mirabilium operum patrator, et doctor eorum qui libenter vera suscipiunt. Lib.* 18. *antiq., cap.* 4. Y tras la narracion de su muerte, añade: *Apparuit tertia die vivus, ita ut de eo vates hoc et alia multa miranda prædixerint.*

Lléguense ahora todas las sectas juntas y póngannos ante los ojos los milagros por ellas obrados: veamos si hallaremos uno solo cuya verdad haya sido comprobada. Jáctanse los gentiles del que obró Vespasiano, dando salud á dos enfermos; pero Tácito, el escritor mismo del suceso, *Histor. lib.* 4, no duda asegurar, que la enfermedad que á entrambas personas aquejaba, fué conceptuada por los médicos curable por la fuerza única de la naturaleza: y si este agente podia alcanzar su curacion, ¿cuánto mas probable se presenta esta posibilidad por parte del demonio? Cuentan asimismo que Adriano curó á un ciego (segun escribe Mario Mácsimo); pero no faltan autores que imputan á traza ideada, con el fin de lisonjear á Adriano, la narracion de Mácsimo: léase á Salmasio, *Histor. August., in Spartian.* Relatan tambien el suceso acaeci-